



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons
Atribución-NoComercial-CompartirIgual 4.0 internacional

Políticas públicas y juventudes rurales e indígenas
Una experiencia de etnografía colaborativa con el Municipio de Lavalle, provincia de Mendoza, Argentina
Leticia Katzer
Revista Argentina de Estudios de Juventud, (14), e032, 2020
ISSN 1852-4907 | <https://doi.org/10.24215/18524907e032>
<https://perio.unlp.edu.ar/ojs/index.php/revistadejuventud>
FPyCS | Universidad Nacional de La Plata
La Plata | Buenos Aires | Argentina

POLITICAS PÚBLICAS Y JUVENTUDES RURALES E INDIGENAS

UNA EXPERIENCIA DE ETNOGRAFÍA COLABORATIVA CON EL MUNICIPIO DE LAVALLE, PROVINCIA DE MENDOZA, ARGENTINA

Public Policies and Rural Indigenous Youth:
an Experience of Collaborative Ethnography
with the Municipality of Lavalle (Mendoza, Argentina)

Leticia Katzer

lkatzer@mendoza-conicet.gob.ar
<https://orcid.org/0000-0003-3233-7559>

Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET)
Instituto Interdisciplinario de Ciencias Básicas
Universidad Nacional de Cuyo | Argentina

Resumen

Palabras clave

políticas públicas
jóvenes
Huarpes
identidad

A partir de una experiencia de etnografía colaborativa junto con el Municipio de Lavalle, provincia de Mendoza, llevada a cabo entre 2018 y 2019, y como parte de la tarea de investigación que realizamos desde 2004, el objetivo del artículo es, por un lado, analizar la proyección y la aplicación territorial del programa «Jóvenes con más y mejor trabajo», en tanto política pública y experiencia etnográfica colaborativa; por otro, analizar a la luz de los saberes producidos en ese marco, las formas en las que los/as jóvenes rurales e indígenas vivencian y reconstruyen su identidad y sus formas de articulación social.

Abstract

Keywords

public policy
youth
Huarpe people
identity

On the basis of the experience of collaborative ethnography between 2018 and 2019 with the Municipality of Lavalle, Mendoza province, and as part of the research carried out since 2004, the objective of the article is, on the one hand, to analyze the projection and territorial application of the «Jóvenes con más y mejor trabajo» program, in both public policy and collaborative ethnographic experience; on the other, to analyze the ways in which rural and indigenous youth reconstruct their identity and their forms of social articulation.

POLÍTICAS PÚBLICAS Y JUVENTUDES RURALES E INDÍGENAS

Una experiencia de etnografía colaborativa
con el Municipio de Lavalle, provincia de Mendoza, Argentina

Por Leticia Katzer

Introducción

En el siguiente trabajo presentamos reflexiones y resultados de un relevamiento realizado junto con jóvenes rurales e indígenas del departamento de Lavalle, provincia de Mendoza, Argentina, en el marco de la aplicación en dicha zona del programa «Jóvenes con más y mejor trabajo».¹ A partir de una experiencia de etnografía colaborativa llevada a cabo con el Municipio de dicho departamento entre los años 2018 y 2019, y como parte de las tareas de investigación que realizamos en la zona desde hace quince años, reflexionamos sobre la construcción de la identidad juvenil indígena y rural local, y sobre las proyecciones que allí se cultivan desde las políticas públicas municipales así como sobre el mismo trabajo etnográfico.

Tanto la actividad administrativa como la proyección territorial y el fomento de la participación ciudadana propios del aparato municipal hacen de este último el ámbito propicio para el estudio de la aplicación de políticas públicas, lo cual obliga a conocer las acciones que se están realizando en los municipios en torno a la población joven como personas con derechos y con obligaciones, herederas de la cultura comunitaria y como sujetos de construcción social.

La relación de cercanía del gobierno con la sociedad / territorio propia de la órbita municipal permite la generación de nuevas formas locales de gestión de las políticas públicas y de participación ciudadana, presentándose el municipio como el espacio idóneo para realizar estas acciones (Cabrero Mendoza & Díaz Aldret, 2012).² La ponderación de lo local en la vida política del país enfatiza que los municipios sean los espacios donde deben resolverse los conflictos y los intereses comunes así como donde deben diseñarse estrategias de acción colectiva, reconociendo que debe

existir una participación activa de los actores locales para influir en las decisiones dirigidas a su propio desarrollo y para contrarrestar las limitaciones que tiene cierta centralización de decisiones, la cual impide la eficacia y la eficiencia en la solución de los problemas y en la atención a las necesidades sociales concretas (Olaya Cabrera & Garrido Escudero, 2016). Tal ponderación de lo local / territorial es lo que en nuestro caso puso en contacto la investigación académica con las acciones municipales, lo que confluyó en un trabajo etnográfico colaborativo interinstitucional.

La participación del municipio en la política pública se vuelve relevante con el enfoque territorial, que lo torna el principal partícipe del desarrollo rural (Olaya Cabrera & Garrido Escudero, 2016). El municipio constituye el principal eslabón de la cadena de descentralización para la ejecución de las políticas públicas, y como tal, un lugar donde los/as jóvenes rurales pueden poner en valor y encontrar contención para sus demandas, sus iniciativas y sus proyectos, y dinamizar, a través de todo ello, el concepto de «juventud» en tanto categoría identitaria.

Tal como lo han señalado Carolina Andrea Maidana, María Adelaida Colangelo y Liliana Tamagno (2013), el término «juventud» es un término pregnante en discursos gubernamentales, mediáticos y profesionales, y ha generado «un vasto campo de estudios sobre juventud» (p. 134).



Sin embargo, y sobre todo cuando se enfatizan los «problemas de los jóvenes», rara vez se problematiza la «juventud» como categoría, predominan los estereotipos y las nociones de sentido común que tienden a naturalizarla como una etapa de la vida y que dificultan su comprensión en situaciones sociohistóricas específicas (Maidana, Colangelo & Tamagno, 2013, p. 134).

Los alcances y las significaciones que dicha categoría tiene son de lo más heterogéneos y se encuentran desarrollados por diferentes líneas y referentes, entre los que las autoras, por mencionar solo algunos, incluyen a Feixa (1999), Reguillo (2003), Padawer (2004), Zaffaroni (2004) y Chaves (2005). Respecto de los estudios sobre juventud en pueblos indígenas, en tanto, señalan «trabajos como los de Kroppf (2004), Paladino (2006) y el conjunto de artículos sobre el tema reunidos en un número especial de la revista *Asuntos Indígenas* (2006)» (Maidana, Colangelo & Tamagno, 2013, p. 134).

Partimos de la idea de que juventud es un concepto polisémico irreductible a lo biológico. No es una categoría estática e inmutable sino constituida por variadas dimensiones y atravesada por distintos universos de referencia, variables a lo largo del tiempo y del espacio.³ Asimismo, los/as jóvenes viven en la actualidad con mayor fuerza y dramatismo las tensiones propias de las sociedades contemporáneas: menor acceso al empleo; mayor acceso a la información, pero menor acceso al poder; mayores expectativas de autonomía, pero menores opciones para materializarla; mayor movilidad, pero mayor incertidumbre sobre sus trayectorias; mayor cohesión interna, pero mayor permeabilidad externa; mayor aptitud para la producción de la cual, a su vez, están excluidos; y una tensión entre recepción de políticas sociales y un protagonismo activo (Rodríguez, 2011, pp. 6-7).

Como categoría de población, se ha encontrado que es un grupo vulnerable, que vive una situación diversa, compleja y desigual frente a los temas de seguridad, salud, educación, mercados laborales, familia y entorno, lo que los lleva a modificar sus percepciones y sus expectativas hacia su futuro inmediato, tal como lo muestra la Primera Encuesta Iberoamericana de Juventudes (2013), que entrevistó a 150 millones de jóvenes de entre 15 a 29 años de los 21 países iberoamericanos (Olaya Cabrera & Garrido Escudero, 2016, p. 6)

4

«Juventud» es una construcción social y cultural que cambia espacio-temporalmente y que se rige mediante reglas y acciones de los miembros de esta categoría y de sus formas de relación con miembros de otras categorías, por eso también es contextual y relacional; como afirma Rossana Reguillo (2003), definir al joven en términos socioculturales implica tener en cuenta que distintas sociedades y en diferentes momentos históricos han planteado segmentaciones sociales por grupos de edad de diversas maneras. Puede considerarse como una variable social que va de la mano con el género, la clase, la etnia y la religión; o bien puede estudiarse en sus propios términos, según sus relaciones sociales y las culturas que han venido creando en su medio (Chaves, 2005; Urteaga Castro Pozo, 2008).

En su propuesta, Klaudio Duarte Quapper (2000) agrupa en cuatro grupos las distintas versiones sobre el concepto de juventud: como etapa de la vida, como grupo social, como conjunto de actitudes ante la vida y como generación futura. Tal heterogeneidad ha impulsado a hablar de «juventudes» así como de «generación», entendiendo que dicha categoría permite aprehender un conjunto de relaciones sociales y políticas en las cuales éstos se encuentran inmersos, así como los

procesos sociohistóricos que constituyen la dinámica del cambio social, lo que en conjunto resulta en una reelaboración y una innovación de muchas experiencias políticas juveniles (Vommaro, 2015).

Siguiendo a Maya Pérez Ruiz (2011),



los jóvenes no solo existen como un sector identificable y diferenciado entre [la población indígena], sino que constituyen un sector social clave en ámbitos rurales y urbanos, porque en ellos se expresan con nitidez los conflictos y las disyuntivas sobre las continuidades y las transformaciones de sus grupos culturales.

Esta variable, sumada al peso demográfico que tienen en áreas rurales y urbanas (Pérez Ruiz, 2011) genera, entre otras, demandas por educación y por servicios culturales, una arena sobre la cual puede proyectarse la etnografía colaborativa.

Nuestro análisis se encuentra estructurado en torno a tres aspectos fundamentales: 1) políticas públicas sobre juventud indígena, 2) proyección territorial y aplicación del programa «Jóvenes con más y mejor trabajo» como experiencia de etnografía colaborativa y 3) saberes producidos en el marco de dicho programa. En este sentido, el objetivo del artículo es doble: por un lado, analizar la proyección y la aplicación territorial del mencionado programa en tanto política pública municipal y experiencia etnográfica colaborativa; por otro, analizar, a partir de los saberes producidos en ese marco, las formas en las que los jóvenes rurales e indígenas vivencian y reconstruyen su identidad y sus formas de articulación social.

Método

Campo de estudio

El área de juventud del municipio de Lavalle⁴ tiene seis programas destinados a los/as jóvenes: 1) programa beca municipal de nivel superior (proyecto «Credencial becas» y contención a estudiantes); 2) programa grupos juveniles (proyecto «Con todos y todas al taller»); 3) programa centros de estudiantes (formación, fortalecimiento y nexo de centros de estudiantes); 4) programa farándula (farándula central y distritales, mega encuentro artístico y deportivo, proyecto pintada de calles, día de la primavera); 5) programa informes y oficina en red; y 6) programa de radio «Poneme al aire» (que sale al aire una vez por semana).⁵

El programa «jóvenes con más y mejor trabajo» es desarrollado por la Secretaría de Trabajo, Empleo y Seguridad Social de la Nación y se operativiza a través de cada municipio. Fue creado en 2008 y está destinado a la población joven de 18 años a 24 años. En el marco de dicho programa, la modalidad del Curso de Introducción al Trabajo (CIT) destinado a poblaciones indígenas tiene algunas especificidades. El esfuerzo fundamental está orientado a que el/la joven reconozca y ponga en valor los recursos con los que cuenta para, desde allí, definir su posterior trayecto.

El taller se encuentra organizado en tres bloques: 1) Proyecto formativo ocupacional (PFO), 2) Pueblos indígenas e identidad / Derechos de los pueblos indígenas (PI) y 3) Derechos sociales y laborales y salud ocupacional (DSL y SO). En esta modalidad, pusimos mayor atención en el segundo bloque, cuyo objetivo es abordar la situación y la problemática específica de los pueblos indígenas; en especial, respecto a aspectos identitarios y culturales, formas de trabajo nativas (a través de la reconstrucción de las historias laborales familiares con árboles genealógicos), conocimiento de la legislación nacional y tratados que protegen sus derechos individuales y colectivos.

Nuestra investigación etnográfica ha tenido una extensión y un alcance destacables, puesto que abarcó toda la región de zona no irrigada (conocida como «secano»), así como buena parte de la zona rural irrigada del departamento, y reunió a jóvenes de los distritos de Asunción, San Miguel, Lagunas del Rosario, Jocolí Viejo, Villa Tulumaya, Paramillo y Las Violetas; en su mayoría, pertenecientes al pueblo Huarpe. En esta región, la población indígena adscripta como Huarpe reúne unas 5 000 personas y se halla organizada, formalmente, en once «comunidades»:



- Asunción / comunidad Huarpe «Paula Guaquinchay»
- San José / comunidad Huarpe «Juan Manuel Villegas»
- Lagunas del Rosario / comunidad Huarpe «Lagunas del Rosario»
- Cavadito / comunidad Huarpe «Juan Bautista Villegas»
- El Retiro / comunidad Huarpe «Secundino Talquenca»
- El Puerto / comunidad Huarpe «Güentota»
- San Miguel / comunidad Huarpe «Juan Andrés Díaz»
- El Retamo / comunidad Huarpe «Elías Guaquinchay»
- Lagunitas / comunidad Huarpe «Santos Guayama»
- El Forzudo / comunidad Huarpe «José Ramón»
- La Josefa / comunidad Huarpe «Josefa Pérez»

En tres de estas comunidades, los/as jóvenes Huarpes se han organizado como «grupos juveniles»: grupo «Cumpuchu Huarpe» (Asunción), grupo «J.U.C.U.M.M» (Jóvenes unidos con un mismo motivo) (San José) y grupo «Collo-Meltequí» (El Cavadito).

En la zona rural no irrigada podemos hablar de la proyección del CIT hacia un total de 200 jóvenes de entre 18 y 24 años: 20 de la comunidad «Juan Bautista Villegas» (El Cavadito), 25 de la comunidad «Paula Guaquinchay» (Asunción), 15 de la comunidad «Juan Manuel Villegas» (San José), 50 de la comunidad «Lagunas del Rosario», 50 de la zona Este (San Miguel, Lagunitas, Retamo, Forzudo) y 20 pertenecientes a las comunidades «Güentota» (El Puerto) y «Secundino Talquenca» (El Retiro). A estos se suman los 50 jóvenes pertenecientes a la Organización de Trabajadores Rurales de Lavalle (OTRAL), de ascendencia colla algunos de ellos.

En total, pues, hemos trabajado y llevado la experiencia del taller junto con alrededor de 230 jóvenes pertenecientes a la zona rural de Lavalle, en su mayoría miembros de comunidades indígenas.

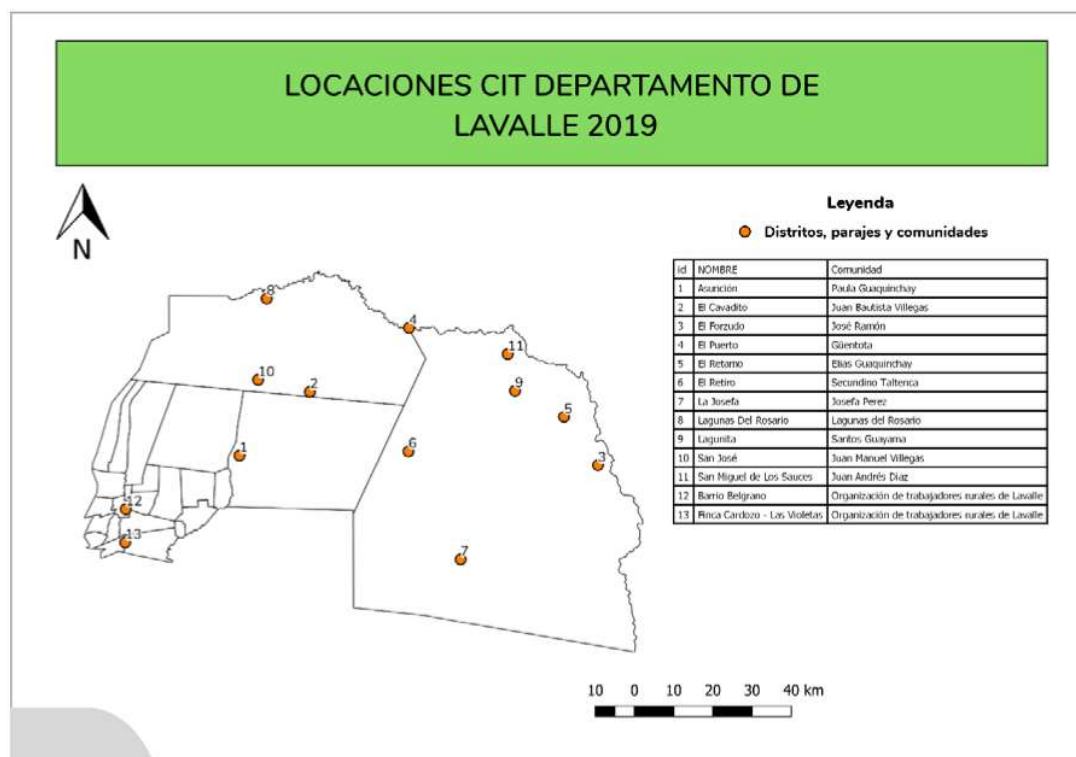


Gráfico | Mapa de las locaciones donde se llevó a cabo el CIT.

Fuente: confeccionado por la Jefatura del Departamento de Ordenamiento Territorial a partir de la información aportada por Leticia Katzer.

Cartografía: Pablo Termini y Federico Ferreyra

«La investigación científica y la intervención social se han presentado con frecuencia como dos mundos separados» (Maya Jariego, 2010, p. 121). Frente a esta brecha, en el campo de los estudios antropológicos con enfoque etnográfico la noción de «colaboración» ha ido adquiriendo relevancia teórica, al punto de convertirse en un enfoque metodológico preciso (Lassiter, 2005). Si bien su «uso» es cada vez más extenso, el alcance y la eficacia explicativa no parece ser del todo clara puesto que «colaboración» puede aplicarse a cualquier práctica general de producción de saberes, perdiendo así fuerza explicativa.

Todo proceso de investigación es colaborativo por definición, dado que hay un intercambio de ideas y de informaciones. En este sentido, la producción de saber etnográfico implica una «objetivación participante» (Bourdieu, Chamboredon & Passeron, [1973] 2008), una «investigación participativa» (Fals Borda, [1980] 1992), una reflexividad (Guber, 2001). Ahora bien, la especificidad de la «etnografía colaborativa» como enfoque teórico / metodológico reside, según Luke Lassiter (2005), en que sitúa el compromiso ético y moral y la colaboración con los sujetos de estudio «como principios explícitos y como guías para la investigación» (p. 83).

Entendido el vínculo etnográfico como colaborativo, el «informante» pasa a ser concebido como consultor, como coteorizador (Rapaport & Ramos Pacho, 2005) y como socio epistémico (Marcus, 2008), reconociendo en estas categorizaciones la agentividad de su labor conceptual, de interpretación, de escritura (Barabas & Bartolomé, 2003), pero, fundamentalmente, de trabajo colectivo (Katzner, 2018). Esta línea teórico metodológica implica una forma estilística específica de interpretar los datos y de escribir los resultados de la investigación (es un género literario), así como un planteamiento sobre el uso de los resultados que, articulados, resultan en una construcción plural de la cultura y de un espacio político de acción conjunta en función de objetivos específicos.

La etnografía es colaborativa cuando se consolida a través de la experiencia propia, la de los interlocutores y la que en conjunto se construye, e implica una articulación y un compromiso sostenidos con la gestión, para ver traducidos los resultados de las investigaciones en proyectos de desarrollo concretos respecto de la población con la cual se hace la etnografía. Desde nuestra perspectiva, los consultores no son solo «socios epistémicos» o «coteorizadores» sino que en el proceso etnográfico colaborativo se vuelven, también, «socios políticos», en tanto que se renegocia el

lugar en el campo establecido por la gente del lugar, y se fijan las coordenadas de un compromiso de acción colectiva compartida y de definición conjunta de metas respecto a una «preocupación pública común».⁶ Se trata, en consecuencia, de asumir el posicionamiento que implica priorizar a los consultores y a la comunidad estudiada por encima de la etnografía. Esto es, mediante la práctica de una etnografía que no solamente implique la lectura, la edición y la cointerpretación compartidas, sino también una acción colaborativa concreta, una intervención dirigida desde criterios compartidos, y conducente hacia una mejora de su calidad de vida.

La etnografía con enfoque colaborativo se muestra como un modelo centrado en la práctica que proyecta superar la dicotomía entre el conocimiento científico y la práctica profesional entendida como intervención social / comunitaria. Desde esta perspectiva, y retomando los aportes de Abraham Wandersman (2003), reconocemos tres dimensiones fundamentales de la práctica: sistematización y gestión de la práctica profesional, colaboración entre investigadores y profesionales de la intervención social, y potenciación comunitaria (Maya Jariego, 2010). Es decir, se trata de un enfoque y de una forma de práctica que coloca como eje de trabajo la «vinculación», entendida como la proyección territorial situada de resultados de investigación en articulación con instituciones y con agencias no estrictamente académicas. Esto posibilita la traducción de los relevamientos etnográficos en el marco de las políticas públicas, y garantiza puentes entre la información relevada en campo y las instituciones estatales en materia de gestión de intervenciones concretas conducentes a un beneficio real para la comunidad de estudio.

Con todo, al concebir las etnografías como actos de poder (Katzner, 2009) es posible identificar un entramado político intersocietario en el que se alternan como constitutivas del proceso colaborativo las relaciones de conflicto, de colaboración, de afecto, a la vez que las de poder y de negociación. La construcción de la relación con los/as interlocutores/as, en general, y con los/as «consultores/as clave», en particular, es respecto a etnógrafos/as y etnografiados/as mutuamente selectiva, momento en el que nuestro trabajo comienza una articulación real y concreta con diferentes instituciones vinculadas a la gestión: empresas, ONG y áreas gubernamentales, con las cuales se comienza a trabajar de manera conjunta, acercando la etnografía con la gestión. Este ha sido el caso del trabajo conjunto con los/as jóvenes rurales e indígenas de Lavalle, posible gracias a la articulación interinstitucional entre la referencia académica, los/as referentes nativos/as, la oficina de empleo del municipio (articulada con el área de juventud) y la agencia

territorial Mendoza de la Secretaría de trabajo de la Nación. Esta articulación, resultante de la propia dinámica del trabajo etnográfico, fue la que hizo posible la participación activa en el marco del programa «Jóvenes con más y mejor trabajo».⁷

De este modo, nuestra investigación se enmarca en una propuesta de «etnografía colaborativa» que, además de ser una práctica de «producción de conocimiento conjunto» (Tamagno, 2001; Tamagno y otros, 2005), implica una articulación interinstitucional orientada al diseño de acciones colectivas que busquen abordar problemáticas planteadas durante el mismo proceso de investigación. La etnografía, así entendida, implica la demarcación de un dominio de saber etnopolítico como un campo intersocietario; es decir, como una matriz de relación compuesta por diferentes referencias institucionales realcionadas entre sí. Así, la organización y la coordinación del taller articuló todo un conjunto de actores y de agencias: presidentes/as de las comunidades, referentes/as y/o coordinadores/as de los grupos juveniles, oficina de empleo del Municipio de Lavalle, agencia territorial de la Secretaría de Trabajo y la participación etnográfica activa (en este caso la etnógrafa, uno de los autores del presente trabajo).

La posibilidad concreta de esta articulación no fue repentina ni azarosa sino el resultado de un proceso por cual se fue afianzando la relación territorial y la articulación con variadas entidades gubernamentales en conocimiento de nuestro trabajo de campo.

Respecto al enfoque metodológico del taller, destacamos tres aspectos fundamentales: la articulación teoría y práctica, el protagonismo de los/as participantes y la producción colectiva de saberes y de aprendizajes. Nos propusimos una tarea y un compromiso común, establecimos necesidades y motivaciones compartidas, acordamos, definimos y respetamos un encuadre de trabajo. Los criterios fundamentales de este encuadre fueron la explicitación de los objetivos y de la modalidad de trabajo, la generación y el sostenimiento de un clima de confianza para la circulación de la palabra, la persuasión a hablar y a comunicar ideas, la valoración de los saberes previos de los/as jóvenes con independencia de los niveles educativos formales obtenidos, la promoción de su confianza en la capacidad de aprendizaje, de recibir y de dar, el reforzamiento de la autoestima, la puesta en consideración y el valor de la diversidad, lo que incluyó las características personales y familiares de cada joven y el despojo de los prejuicios.

En el último encuentro, y a partir de la puesta en común del diagnóstico elaborado junto con los/as jóvenes, diseñamos proyectos y compartimos un almuerzo como cierre. A través de conversaciones abiertas, de puestas en común de ideas y de la elaboración y la exposición de árboles genealógicos, buscamos reconocer representaciones identitarias y formas de articulación con el resto de la sociedad.

Resultados

El CIT como espacio de investigación etnográfica

La realización de los CIT en el espacio rural del departamento de Lavalle proporcionó un espacio óptimo y privilegiado para aproximarnos al modo en que los/as jóvenes indígenas construyen relaciones, significaciones, valoraciones y expresan experiencias así como sentidos de pertenencia. En ese sentido, constituyeron, por un lado, espacios de observación controlada, en los cuales pusimos en juego los interrogantes, las reflexiones, las categorías y las variables construidas en etapas anteriores de nuestra investigación con el objetivo de analizar aquello que registrábamos en la propia experiencia del CIT; y, por otro, un espacio de experiencia de producción conjunta de saberes así como de definición de propuestas de trabajo y de proyectos impulsados por los/as mismos/as jóvenes.

11

Como muestran los siguientes registros fotográficos [imágenes 1 a 8], la participación de jóvenes fue altísima, lo que revela su voluntad y su compromiso de trabajo, más aún cuando trasladarse constituye un gran esfuerzo, porque las distancias son grandes (en algunos casos, hasta 20 km) y porque, en muchos casos, son zonas de médanos y monte.

Imagen 1

La autora junto
con jóvenes Huarpes
de la comunidad
«Juan Bautista Villegas»
(noviembre de 2018)





Imagen 2 | CIT con jóvenes Huarpes de Asunción, comunidad «Paula Guaquinchay» (febrero de 2019)



Imagen 3 | CIT con jóvenes Huarpes de San José, comunidad «Juan Manuel Villegas» (marzo de 2019)



Imagen 4 | CIT con jóvenes miembros de la Organización de Trabajadores Rurales de Lavalle (abril de 2019)



Imagen 5 | CIT con jóvenes Huarpes de Lagunas del Rosario (mayo de 2019)



Imagen 6 | CIT con jóvenes Huarpes de la zona este del «secano», (San Miguel, Retamo, Lagunitas, Forzudo) (julio de 2019)



Imagen 7 | CIT en El Puerto con jóvenes Huarpes de la comunidad «Huentota» (septiembre de 2019)



Imagen 8 | CIT en El Retiro con jóvenes Huarpes de la comunidad «Secundino Talquenca» (agosto de 2019)

Como señalamos en el apartado anterior, uno de los ejes centrales del CIT fue indagar sobre las expresiones identitarias juveniles locales y las formas de articulación con el resto de la sociedad, para reconocer vivencias, trayectorias y expectativas a partir de conversaciones abiertas y de puestas en común así como de la elaboración de árboles genealógicos [Imagen 9]. A través de estos, buscamos que los/as jóvenes reconstruyeran la historia laboral familiar para reconocer patrones y formas de trabajo nativas.

14

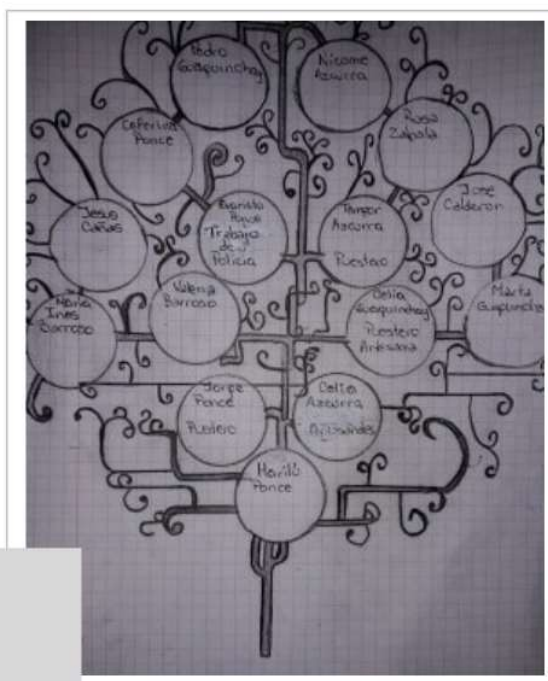


Imagen 9
Árbol genealógico
elaborado por un joven
Huarpe (julio 2019)

Al analizar los testimonios de jóvenes rurales, los puntos que se destacan son, centralmente, la discriminación, la estigmatización y las escasas o nulas fuentes de trabajo. En el caso de jóvenes indígenas, a estas tres problemáticas se anexa la tensión entre arraigo y desarraigo. Respecto al desarraigo, hay una diferencia entre la población de Lagunas del Rosario, de San José y de Asunción (que, en general, no migran) y la de la zona Este de la zona rural no irrigada (que, en general, migran pero muchos/as regresan luego). Es decir, en esta zona el desarraigo es parcial, puesto que algunos/as migran a los centros urbanos en busca de nuevas posibilidades laborales y por estudio. En esos casos, los/as jóvenes señalan que algunos/as regresan por la discriminación que sufren y que cuando tienen hijos/as retornan al lugar de origen «para hacerse su casa». También que aquellos/as que volvieron lo hicieron porque consiguieron trabajo en el lugar.

En el caso de Lagunas del Rosario, los/as jóvenes sostienen que por estudio o por trabajo migran temporalmente a la zona urbana, pero que la mayoría se queda, no migra a la ciudad porque «es mejor por la seguridad, porque acá es más tranquilo, nos gusta el lugar». Asimismo muestran una discontinuidad respecto de sus padres y abuelos, lo que revela que los puentes de comunicación y de integración con los mayores son escasos o prácticamente nulos.

15

El corpus de testimonios de jóvenes puede analizarse en torno a tres ejes: la incorporación al sistema laboral, la discriminación y la estigmatización, los cuales se revelan, a su vez, como mutuamente condicionados.

Expresiones como «faltan más espacios, más oportunidades de trabajo» y «hay muchos jóvenes desocupados» dan cuenta de las principales preocupaciones de los/as jóvenes, y muestran a la pertenencia étnica, identitaria y territorial como una de las causas centrales de la desocupación. Esta situación se reafirma en frases como «si decís donde vivís, no te dan trabajo, por eso en casos se cambian los domicilios» o «no te toman por vivir lejos, tenés que decir que sos de Costa o de Villa».

En conjunto, estas expresiones muestran la matriz racista que estructura su modo de relación social por fuera del ámbito local sobre la base de la discriminación y la estigmatización, como lo refieren los siguientes relatos:

En Lavalle nos querían cambiar la forma de hablar por la forma de pronunciar.

Nos discriminan por el color de piel, por ser pobre o tener menos que otros.

Cuando se han ido a estudiar al centro, no los han querido integrar por ser lavallinos, por ser del campo, los ponían en un grupo aparte. Creen que como somos del campo no somos capaces para estudiar, uno que se fue a estudiar le dijeron que no sabía nada.

Discriminan a la gente mayor, por no saber leer ni escribir.

Nos discriminan por la falta de conocimiento de la vida en la ciudad, por ser tímidos, hablar bajo, queda como pavo, nos corrigen en todo.

Hemos sufrido discriminación en la escuela de Gustavo André, diciéndonos: «Vayan a trabajar con los animales», «vos dedícate a hacer chivos», «vos andá al campo». También cuestionaron que alguien de Asunción fuera a ser presidente del centro de estudiantes.

Nos han discriminado por la manera de hablar, diciéndonos: «Sos del campo, ni sabés hablar». Porque decimos «pa' allá, pa' acá» o porque hablamos bajo «como pavos».

Nos discriminan por la forma de vestir. Andamos con la misma ropa, remendada, vieja, con parches, no tenemos ropa nueva y en la escuela nos dicen: «No tenés plata para comprarte zapatillas». Hay un caso de un chico que no le quisieron dar el diploma porque fue vestido de gaucho y para nosotros es la forma más elegante de vestirse.

En el transporte público, se reían porque iba a pagar en el micro con monedas.

Nos discriminan por la vestimenta durante la cosecha, diciéndonos: «Ahí va el mosteado».

La estigmatización es triple: se los estigmatiza en tanto jóvenes, en tanto campesinos y en tanto indígenas, lo que proyecta un estereotipo de pertenencia identitaria que los subjetiva esencialmente a través de la fijación de atributos negativos como la carencia, la vagancia y el consumo de drogas.

Los mayores hablan mal de nosotros, le culpan de todo a los jóvenes.

Dicen que nos drogamos, que nos alcoholizamos, que robamos, que cuatrereamos, nos tratan como esos vagos que se juntan en la ramada.

Hay una idea de que no tenemos futuro ni proyección, que andamos en cosas raras.

Respecto de la idea de «campo», marcan con énfasis su estereotipación como «carencia». Al respecto, señalan: «Algunos le llaman desierto, en el sentido de que no hay vida, no hay casas, no hay negocios, no hay nada; se lo define por lo que no tiene». De igual modo, la esencialización y la estereotipación se refuerzan en la circulación de la idea de «indio» como «primitivo»:

Recibimos preguntas como «¿se bañan?». «Son del campo, ¿pero no tienen plumas y arcos?». Hay gente que viene de afuera con la idea de vernos vestidos con plumas y con arcos. Como una manera de burlarnos de esa caracterización, como grupo juvenil hicimos unas remeras con un «emoyi» de logo, para demostrar que lo que nos identifica no es la vestimenta sino cómo pensamos, cómo sentimos y cómo vivimos (Integrantes del Grupo juvenil de San José, 2019).

El conjunto de los relatos que hemos presentado reafirma la idea de Eduardo Menéndez (1972) acerca de que el racismo no solo es una forma discursiva o una forma de clasificación social sino también, y fundamentalmente, una forma de relación social que define posiciones desiguales concretas en el sistema productivo; una forma de relación social que implica segregación, discriminación, inferiorización del/ de la otro/a y que constituye el modo de relación natural y normalizado del capitalismo. Los/as jóvenes rurales indígenas reciben aquí una triple discriminación y estigmatización: por ser jóvenes, por ser «del campo» y por ser «Huarpes».

17

Las evidencias producidas en nuestro trabajo de campo han demostrado que los/as jóvenes no solo existen como un espacio social identificable y diferenciado entre la población indígena sino que constituyen una expresión cultural, porque en ellos se manifiestan con fuerza los conflictos y las disyuntivas sobre el cambio y la continuidad de su ámbito de pertenencia identitaria. De acuerdo a los testimonios, son cuatro las problemáticas sociales y culturales que resaltan: discontinuidad generacional, discriminación, estigmatización, y falta de fuentes y de oportunidades de trabajo y necesidad de crearlas.

En todos los casos, tanto los grupos de jóvenes indígenas como los no indígenas plantearon problemáticas que son específicas y comunes a la zona rural: el escaso transporte público, la limitada presencia de centros de salud, la reducida recolección de residuos (la necesidad del establecimiento de contenedores y de una estación de reciclado de residuos plásticos), la falta de baños públicos y la necesidad de centros / salones comunitarios. A estos elementos comunes, los jóvenes indígenas agregaron

la necesidad de desarrollar proyectos culturales, por ejemplo, de artesanía y de lengua (para practicar el idioma). Asimismo, ambos grupos tienen como denominador común el sentido de pertenencia comunitaria y la motivación por diseñar y por llevar a cabo proyectos comunitarios (en ambos casos, proyectos de huerta).

Las expresiones identitarias, en tanto, muestran un triple sentido de pertenencia: comunitario, étnico y campero. Al momento de dar testimonio sobre sus particularidades culturales los/as jóvenes destacaron como prácticas nativas las artesanías en telar, arcilla, junquillo y cuero [Imagen 10]; la lucha por tierras; la organización comunitaria; las fiestas patronales; el juego de la taba (Retamo, San Miguel); el uso de recursos naturales nativos para higiene y medicina (lavarse el pelo y la ropa, preparar remedios caseros); la elaboración de productos alimenticios artesanales como quesillo (en verano, porque las cabras tienen más leche al haber más alimento en el campo), miel, arrope y patay.



Imagen 10 | Jóvenes Huarpes exponen cómo es el proceso de elaboración de artesanías (julio de 2019)

A partir de esos saberes compartidos y de su puesta en discusión, diseñamos proyectos de manera conjunta.⁸ Las prácticas, los relatos y los proyectos propuestos por los/as jóvenes permiten establecer que la identidad étnica y campera constituye un supuesto básico desde el que se participa en la vida social, un punto de partida desde el cual situarse como sujetos y como miembros de una referencia colectiva.

Discusión

A partir de las experiencias generadas en el marco del desarrollo de los CIT con jóvenes indígenas y rurales del departamento de Lavalle, provincia de Mendoza, hemos dado cuenta de cómo los proyectos y los talleres se convierten en espacios de producción de saber etnográfico sobre su manera de vivenciar y de pensar su identidad y su realidad.

Los testimonios que hemos expuesto revelan, una vez más, que la juventud como tal no existe, pues lo que se verifica en la práctica es la existencia de una amplia y variada gama de expresiones juveniles. En este sentido, coincidimos con el análisis que realiza Duarte Quapper (2000) respecto de las trampas que presenta la «forma adultocentrista de concebir lo social y, en particular, a la juventud»: «la universalización como homogenización: “son todos iguales”»; «la estigmatización [...] como objetivación invisibilizadora: “son un problema para la sociedad”»; «la parcialización de la complejidad social como mecanismo reflexivo»; y «la idealización de la juventud como objetivación esencialista: “son los salvadores del mundo”» (pp. 67-69).

19

«Indígena» y «joven» siguen instituidas «como categorías antropófagas devoradoras de toda especificidad y capaces de hacer desaparecer a los sujetos reales» (Peña, 2014, s/p). Ante estas suposiciones, que obturan la posibilidad de una reflexión social que coloque a los jóvenes rurales e indígenas como lugar de enunciación en todo su alcance y su complejidad, se hace necesario conocer y entender a las juventudes en todos sus matices, particularidades, diversidades y contextos sociales situados, para así abandonar conceptos rígidos y estáticos que terminan por invisibilizarlas.

Asimismo, reflexionar acerca de los/as «jóvenes» rurales e indígenas contemporáneos implica no solo tener en cuenta las múltiples referencias de edad, etnia, clase, género, religión, etc., sino también pensar a este grupo como parte de la macro y la micro historia de los espacios sociales y culturales a los cuales pertenecen y con los cuales se articulan; una historia signada por la colonización y por la posterior organización racista de la sociedad nacional (Tamagno, 2001). Como hemos señalado mediante los diversos testimonios, este racismo se actualiza bajo diferentes figuras y en diferentes contextos, poniendo en circulación categorizaciones estigmatizantes.

Los saberes puestos en circulación durante los CIT revelan que «juventud» es una referencia identitaria cargada de estereotipos y de descalificaciones. En los contextos rurales y de pertenencia étnica, se suma que se subalterniza y se racializa, aun cuando se comparten contextos sociales similares. Los/as jóvenes de zonas rurales relatan que sufren discriminaciones múltiples: por ser jóvenes, por ser Huarpes, por ser bolivianos, por ser morochos, por vivir en el campo, por dedicarse a la crianza de cabras, por dedicarse a la horticultura, a la cosecha, por la manera de hablar. Lo cual expone que revertir su valoración continúa siendo un desafío educativo / cultural.

Respecto de este desafío, la modalidad de taller ha resultado ser un instrumento eficazmente articulador. Un soporte que ha funcionado, simultáneamente, como dispositivo pedagógico, de contención de jóvenes y de intervención social / comunitaria (desde el punto de vista de los sujetos locales) y como un dispositivo de construcción de datos y de saberes (motivación académica). Al conjugar ambas solicitudes, el taller se construyó simbólica y operativamente como un espacio educativo, social y, a la vez, como un trabajo de memoria. Esta conjunción es la que permite transformar el trabajo de campo en una práctica consensuada, aceptada y apreciada por la gente del lugar.

20

Una experiencia como la descrita nos muestra la importancia y la necesidad del trabajo territorial, de la conexión sensible con su gente y de la articulación interinstitucional comprometida entre academia y gestión; una forma de trabajo donde la etnografía colaborativa se revela auténtica y prometedora. La «etnografía colaborativa» constituye no solo una práctica de construcción conjunta de saberes (Tamagno, 2001; Tamagno y otros, 2005) sino, también, la traducción de esa construcción en el diseño, la planificación y la ejecución conjunta de un plan de acción que busque responder a necesidades planteadas durante el mismo proceso de investigación. Así entendida, la etnografía es una práctica y un proceso político que implica la configuración de un dominio de saber etnopolítico estructurado como una red multisituada de actores y de agencias diversas cuya dinámica de interacción social es la resultante de la conexión entre las prácticas y las iniciativas políticas de las agencias partícipes en esa red.

La persistencia, la intensidad y la permanencia en un campo semántico y organizacional propio del trabajo de campo de terreno sostenido, permite colocar a los/as etnógrafos/as en un circuito de colaboración interinstitucional. En nuestro

caso, el propio proceso etnográfico fue orientando por las acciones académicas y por las relaciones institucionales hacia la acción conjunta con el municipio de Lavalle y con diferentes áreas del gobierno provincial. Esta orientación es la que dio lugar a la participación activa en el marco del programa «Jóvenes con más y mejor trabajo».

El contacto comprometido con las iniciativas y con las demandas nativas y el fortalecimiento de las relaciones interinstitucionales gubernamentales en distintas escalas de estatalidad son las que hacen posible la vehiculización de la investigación etnográfica en proyectos concretos, en acciones concretas para la gente. Se comparte, se construyen saberes y se arman proyectos conjuntamente. Asimismo este abordaje implica una articulación académica / gubernamental, una actividad de vinculación a la vez que de transferencia, que acerca al territorio categorías y reflexiones antropológicas. Aquí es donde se revela el trabajo colectivo en un doble sentido: en tanto resultante de un largo proceso de construcción de confianza y de afecto, y en tanto deseo de «hacer» algo con el otro (y no solo «conocer al otro»). Aquí es, también, donde la etnografía con enfoque colaborativo se concreta como práctica que rompe, que supera la escisión entre el conocimiento científico y la intervención social / comunitaria, y muestra su potencial como espacio de construcción política y de vinculación.

Referencias

Adame García, J. (2009). *El derecho municipal en México: el municipio base fundamental del federalismo en México*. Ciudad de México, México: Porrúa.

Barabas, A. y Bartolomé, L. (2003). *Historias y palabras de los antepasados. Investigación y devolución social de la información antropológica*. Oaxaca, México: Gobierno del Estado de Oaxaca.

Bourdieu, P., Chamboredon, C. y Passeron, J.-C. (2008) [1973]. *El oficio del sociólogo*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina: Siglo XXI.

Cabrero Mendoza, E. y Díaz Aldret, A. (2012). La acción local en periferias urbanas marginadas de México. ¿Nuevas o viejas institucionalidades? *Gestión y Política Pública*, XXI(número temático), 83-129.

Chaves, M. (2005). Los espacios urbanos de jóvenes en la ciudad de La Plata (Tesis de doctorado). Recuperado de <http://sedici.unlp.edu.ar/handle/10915/4485>

Duarte Quapper, K. (2000). ¿Juventud o Juventudes? Acerca de cómo mirar y remirar a las juventudes de nuestro continente. *Última década*, 8(13), 59-77. <https://dx.doi.org/10.4067/S0718-22362000000200004>

Fals Borda, O. (1992) [1980]. «La ciencia y el pueblo: nuevas reflexiones». En M. C. Salazar (Ed.), *La investigación-acción participativa. Inicios y desarrollo* (pp. 65-84). Bogotá, Colombia: Editorial Popular / OEL / Quinto Centenario.

Feixa, C. (1999). *De jóvenes, bandas y tribus. Antropología de la juventud*. Barcelona, España: Ariel.

22

Guber, R. (2001). *La etnografía. Método, campo, reflexividad*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina: Norma.

Katzer, L. (2009). «El mestizaje como dispositivo biopolítico». En L. Tamagno (Coord.), *Pueblos indígenas. Interculturalidad, colonialidad, política* (pp. 59-75). Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina: Biblos.

Katzer, L. (2018). Etnografías desérticas. Reflexiones desde una antropología del nomadismo. *Temas sociológicos*, (23), 115-145. Recuperado de <http://ediciones.ucsh.cl/ojs/index.php/TSUCSH/article/view/1852>

Kroppf, L. (2004). Mapurbe': jóvenes mapuche urbanos. *Kairós. Revista de Temas Sociales*, 8(14). Recuperado de <http://www.revistakairos.org/wp-content/uploads/laura-kropff.pdf>

Lassiter, L. (2005). *The Chicago Guide to Collaborative Ethnography*. Chicago, United States: The University of Chicago Press.

Maidana, C., Colangelo, M. A. y Tamagno, L. (2013). Ser indígena y ser joven. Entre la etnicidad y la clase. *Desacatos*, (42), 131-144.
Doi: <https://doi.org/10.29340/42.73>

Marcus, G. (2008). El o los fines de la etnografía: del desorden de lo experimental al desorden barroco. *Revista de Antropología Social*, (17), 27-48. Recuperado de <https://revistas.ucm.es/index.php/RASO/article/view/RASO0808110027A>

Maya Jariego, I. (2010). De la ciencia a la práctica en la intervención comunitaria. La transferencia del conocimiento científico a la actuación profesional. *Apuntes de Psicología*, 28(1), 121-141. Recuperado de <http://www.apuntesdepsicologia.es/index.php/revista/article/view/206>

Menéndez, E. (1972). Racismo, colonialismo y violencia científica. *Transformaciones*, 169-196.

Mouffe, Ch. (1999) [1993]. *El retorno de lo político. Comunidad, ciudadanía, pluralismo, democracia radical*. Barcelona, España: Paidós.

Olaya Cabrera, L. y Garrido Escobedo J. S. (2016). Política pública en el desarrollo de la juventud rural. *GeoGraphos*, 7(87[3]), 3-15. Recuperado de <https://web.ua.es/es/revista-geographos-giecryal/documentos/pydes-3-cabrera-escobedo.pdf>

Padawer, A. (2004). Nuevos esencialismos para la antropología: las bandas y tribus juveniles o la vigencia del culturalismo. *Kairós. Revista de Temas Sociales*, 8(14). Recuperado de <http://www.revistakairos.org/wp-content/uploads/ana-padawer.pdf>

Paladino, M. (2006). «Estudiar y experimentar en la ciudad: trayectorias contemporáneas de los jóvenes indígenas ticuna del Alto Río Amazona, Brasil». En. E. O. Garbulsky (Coord.), *Actas del 8º Congreso Argentino de Antropología Social*. Salta, Argentina.

Peña, M. Á. (2014). Jóvenes estudiantes de la Universidad Indígena de Venezuela [Police Brief]. Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO). Disponible en <http://biblioteca.clacso.edu.ar/clacso/becas/20140615114032/policybrief.pdf>

Pérez Ruiz, M. L. (2011). Retos para la investigación de los jóvenes indígenas. *Alteridades*, 21(42), 65-75. Recuperado de http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0188-70172011000200005&lng=es&nrm=iso

Rapaport, J. y Ramos Pacho, A. (2005). Una historia colaborativa: retos para el diálogo indígena-académico. *Historia Crítica*, (29), 39-62. Doi: <https://doi.org/10.7440/histcrit29.2005.02>

Reguillo, R. (2003). Las culturas juveniles: un campo de estudio. Breve agenda para la discusión. *Revista Brasileira de Educação*, (23), 103-118. Doi: <https://doi.org/10.1590/S1413-24782003000200008>

Rendón Huerta Barrera, T. de J. (2007). *Derecho municipal*. Ciudad de México, México: Porrúa.

Rodríguez, E. (2011). Políticas de juventud y desarrollo social en América Latina. Bases para la construcción de respuestas integradas. Trabajo presentado en el VIII Foro de Ministros de Desarrollo Social de América Latina UNESCO. San Salvador.

Tamagno, L. (2001). *Los Tobas en la casa del hombre blanco*. La Plata, Argentina: Al margen.

Tamagno, L. y otros (2005). Testigos y protagonistas: un proceso de construcción de conocimiento conjunto con vecinos qom. Una forma de hacer investigación y extensión universitaria. *Revista Argentina de Sociología*, 3(5), 206-222.

Urteaga Castro Pozo, M. (2008). Jóvenes e indios en el México contemporáneo. *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales Niñez y Juventud*, 6(2), 667-708. Recuperado de <http://revistaumanizales.cinde.org.co/rllcsnj/index.php/Revista-Latinoamericana/article/view/240>

Vommaro, P. (2015). *Juventudes y políticas en la Argentina y en América Latina: tendencias, conflictos y desafíos*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina: Grupo Editor Universitario, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO).

Wandersman, A. (2003). Community science: bridging the gap between science and practice with community-centered models. *American Journal of Community Psychology*, 31(3-4), 227-242.

25

Zaffaroni, A. (comp.) (2004). *Jóvenes protagonistas. Aportes de la investigación socioeducativa al conocimiento de la problemática juvenil en la sociedad contemporánea*. Salta, Salta: Milor.

Zamora, G. (2010). «Agenda Pública como instrumento de gestión y construcción del espacio municipal. Aplicación al estado de Guanajuato». En M. Fernández y otros (Coords.), *Las ciencias sociales y las humanidades hoy* (pp. 35-54). Ciudad de México, México: UAM Xochimilco.

Notas

¹ Agradezco el compromiso de trabajo interinstitucional de parte de la Oficina de Empleo de la Municipalidad de Lavalle así como el aporte de información brindada por el Área de Juventud y por la Jefatura del Departamento de Ordenamiento Territorial, incluida la cartografía realizada por Pablo Termini y por Federico Ferreyra. También agradezco la participación comprometida y sostenida de

los/as jóvenes de las comunidades Huarpes de zonas no irrigadas de Lavalle a lo largo del proceso de realización de los talleres –que son el fundamento de este artículo–, así como la colaboración de los presidentes de dichas comunidades en la difusión de información y en el armado de los grupos de trabajo.

2 Se han puntualizado respecto del Municipio tres aspectos fundamentales: 1) «se proyecta como un espacio público de ciudadanos que mantienen lazos de identidad comunitaria y amplios vínculos familiares» (Rendón Huerta Barrera, 2007, p. 823); 2) «es el espacio donde se crea la voluntad ciudadana expresada en la política como consecuencia de las iniciativas y las experiencias de individuos y/o grupos para el aprovechamiento de recursos, la creación de alianzas y las asociaciones en torno a determinados propósitos» (Zamora, 2010, p. 33); 3) es un aparato jurídico-político de descentralización administrativa, indispensable para atender demandas ante la especificidad geográfica y la complejidad etnográfica, cultural y económica local (Adame, 2009).

3 Pérez Ruiz (2011, pp. 73-74) sugiere atender a los siguientes elementos: 1) las variaciones en la definición y la caracterización de lo joven, según los actores y sus contextos de enunciación (autocaracterización vs. heterocaracterización), organizados por posición cultural, social y de género; 2) los impactos en lo que significa ser joven y ser joven indígena por la influencia de la escuela, la migración, las iglesias, los medios de comunicación; 3) los impactos de las definiciones locales en las definiciones externas de lo joven; 4) los mecanismos de socialización y de construcción tradicional de las generaciones, según género y posición social; 5) las relaciones históricas y tradicionales entre las generaciones; 6) los cambios en los procesos de socialización y las relaciones intergeneracionales; 7) las diversas percepciones en torno a tales cambios; 8) la participación social de los/as jóvenes en la vida familiar y comunitaria; 9) los conflictos en cuanto a los jóvenes; 10) las formas en que se enfrentan; 11) la intervención de otros actores para resolver los conflictos; 12) la participación de los/as jóvenes en la vida social y cultural de su grupo; 13) las formas de organización de los/as jóvenes y la translocalidad; 14) cómo se ven y son vistos los/as jóvenes frente a la identidad propia, la identidad regional, la identidad nacional, las identidades transnacionalizadas y las identidades globales; 15) cómo viven y cómo se ven los/as jóvenes locales frente a la cultura propia y la cultura globalizada; 16) cómo se ven y cómo actúan los/as jóvenes locales frente a los proyectos de su grupo cultural y frente a otros proyectos (partidos políticos, iglesias, organizaciones no gubernamentales); 17) cómo se sitúan frente a las disyuntivas del futuro (migrar, permanecer, innovar; lucha política por derechos, por territorio, producción).

4 Lavalle es uno de los 18 departamentos de la provincia de Mendoza, ubicado en el sector noreste del territorio provincial. Con una superficie de 10.244 km², representa el 6,88% del total de la superficie provincial, ocupando el quinto lugar de los departamentos con mayor extensión. El departamento comprende dos zonas diferenciadas: la zona irrigada (oasis) y la zona árida no irrigada. El oasis o zona irrigada representa 3% de la superficie total del departamento, mientras que la zona árida no irrigada representa 97%. La zona árida no irrigada se refiere a unidades geográficas y ecológicas donde predominan condiciones de sequedad extrema y cobertura vegetal reducida o casi ausente; regiones que presentan periodos secos muy prolongados, lluvias irregulares con promedios bajos y temperaturas muy fluctuantes entre el día y la noche. Son aquellas partes del territorio que se encuentran escasamente modificadas por la acción del hombre, se caracterizan por

una lenta transformación del uso del suelo y poseen una alta demanda de recursos naturales escasos (agua, suelo, vegetación y otros). Su evolución ha sido espontánea y ha dependido del ambiente natural originario. Por tanto, estos espacios mantienen el nivel de conservación de sus valores naturales y son representativos de los diferentes ecosistemas, paisajes o formaciones geológicas. No posee concesiones de agua otorgadas por ley para poder proveer los recursos destinados al riego artificial de origen superficial, subterráneo, reúsos y otras fuentes. Las áreas rurales irrigadas son espacios multifunción, ocupados por comunidades humanas de baja densidad poblacional, con aptitud no solo para la producción agraria, sino también para incorporar otras opciones como los servicios especializados, infraestructura productiva, agroturismo y toda otra actividad relacionada. En estas áreas, los cambios de usos del suelo no están permitidos salvo se garantice la sustentabilidad del uso productivo de la tierra y la infraestructura rural existente (Plan Municipal de Ordenamiento Territorial del Departamento de Lavalle, ordenanza 1092/19).

5 Información aportada por el área de juventud del Municipio de Lavalle.

6 En el sentido que a esta categoría le otorga Chantal Mouffe (1999).

7 La autora de este artículo cumplió la función de capacitadora y de coordinadora de los CIT destinados a las comunidades miembros de los pueblos originarios residentes en el departamento de Lavalle.

8 Dichos proyectos serán presentados, oportunamente, en espacios gubernamentales para su consideración y su posible ejecución.